

FESTIVIDAD DE SAN FERNANDO 1987

de Cristo en el mundo y en la historia, en el ámbito privado y público de la vida del hombre, no significa una subordinación del mundo "profano" a la Iglesia.... Nada menos parecido a una teocracia que el ejercicio de la realeza de Jesucristo, que se lleva a cabo en lo oculto, en el servicio y en la libertad bajo el Espíritu de Dios, bajo el signo de la Cruz, con paciencia y esperanza» (núm. 49).

A continuación, van señalando una serie de orientaciones sobre la actividad asociada de los católicos en los campos de educación y cultura, familia, actividades profesionales y, en concreto, de la política.

Referente a esto último, dicen nuestros obispos: «Es preciso fomentar expresamente la adecuada formación de los católicos en conformidad con la doctrina social y moral de la Iglesia.... No valen viejos moldes. Hay que arrancar de la situación actual contando con una visión renovada de la Iglesia, de la sociedad y de las relaciones entre ambas. Se necesitan, por ello, instituciones donde los cristianos, adultos y jóvenes, puedan descubrir la nobleza de la vocación política....» (números 169 y 170).

A esta ingente tarea nos llaman nuestros obispos, nuestro Papa y el mismo Cristo: «La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies, que mande operarios a su mies» (Lc. 10, 2).

Y todos los amigos de Speiro y de la Ciudad Católica estamos llamados a dar testimonio, por nuestra fe en Cristo, de nuestra vocación política. Es lo que repetimos hasta la saciedad en todas nuestras intervenciones: Formación para la Acción.

Hoy, más que nunca, la Iglesia nos pide que hagamos presente a Cristo, también en la vida pública, pues ahí también tiene que reinar, convencidos de que «los hombres batallarán y Dios dará la victoria».

Muchas gracias.

DISCURSO DE MIGUEL ANGEL LOPEZ ZAVALETA

Queridos amigos de la Ciudad Católica, presentes y los ausentes en el tiempo y espacio. Ausentes en el tiempo, porque nos han precedido en el paso a la Eternidad, como han sido don Eugenio Vegas, del que aprendí sabios consejos, guiado por don Gabriel Alférez, don Julio Garrido, don Jerónimo Cerdá, don Ramón Plata, don Carlos Sacheri y tantos otros que han colaborado en la construcción de la Ciudad Católica; y en el espacio aquellos que están lejos hoy de nosotros.

Fue para mí un gran reto el saber que tendría el honor de departir con vosotros esta grata velada. Que ha comenzado con el Santo Sacrificio Eucarístico, luego hemos compartido la cena, y ahora estamos finalizando con los discursos brillantes de estos jóvenes españoles, que nos demuestra que la mecha no sólo humea, sino que está plenamente encendida.

Ahora me toca a mí el turno; desde luego quiero confesaros que, después del vigésimoquinto aniversario que habéis celebrado de la festividad de nuestro Santo Patrón, no es nada fácil añadir algo nuevo y, sobre todo, ante tan selecto auditorio.

Aceptando la invitación de don Juan, vamos a recordar algunos de los pasajes más sobresalientes de la vida de San Fernando III, porque si bien es del siglo XIII, también lo es de hoy, de mañana y de siempre.

Además, porque la historia, esa criatura divina, la que considero la ciencia consoladora de los tiempos difíciles, hoy más que nunca nos tiene que animar a seguir manteniendo ese combate que libramos cada uno de nosotros desde nuestro sitio, por la Restauración e Instauración del Reinado Social de Nuestro Señor Jesucristo, bajo la mirada de nuestro Santo Rey.

La historia en verdad, como dijera Cicerón es: Mensajera de la antigüedad, maestra de la vida, luz de la Verdad. Y por consoladora, debemos recurrir a ella, para que no nos suceda lo de los peregrinos de Emaús, que creyeron que la historia del cristianismo había acabado cuando apenas empezaba. «Y ellos estaban tristes» (Luc. XXIV, 17). No se les ocurrió pensar que el Imperio Romano duraría menos tiempo. ¿No nos sucederá otro tanto a nosotros con los dos ismos de nuestro siglo? El bárbaro de oriente y el señorito de occidente. Tuvo que acompañarnos el Señor Jesús en el camino a Emaús... ¿Que a nosotros nos acompañe siempre, y así podamos interpretar lo que de El se dice en las Sagradas Escrituras; para así mantener la Esperanza Política!

Por eso, queridos amigos, debemos recurrir a la historia, porque además de ser un drama divino y humano, en la que el Señor Jesús es el Supremo árbitro, como dueño de la misma, permite por el misterio de la libertad que el hombre vaya tejiendo, generación tras generación, su profundo significado. Y en ella se ve reflejada la lucha entre el bien querido por Dios y el mal permitido, lejos de cualquier maniqueísmo grosero. Pero al final de cada capítulo histórico siempre una luz nos ilumina, y es que la historia de la Salvación la escriben los selectos. Así es: la salvación por los selectos es una constante de la historia; en la que su nervio, el Espíritu Santo, el Gran Consolador, va desfatiendo los entuertos realizados por algunos hombres, a través de otros hombres.

Y he aquí la razón de meditar en voz alta algunos pasajes de la vida de San Fernando, para que nos ilumine y nos dé fuerzas para luchar en estos tiempos tan similares a los que le tocó vivir a él, contra las herejías sociales, políticas y religiosas que desde dentro o desde fuera quieren destruir a España.

Ante todo debemos recordar que la Edad Media española fue época de Reconquista y, como dijera García Morente: «Para que la idea de España como nación esencialmente católica se realizase, dispuso Dios que los árabes invadieran victoriosos España y crearan una circunstancia que impuso a los españoles la identificación de su realidad con su realidad religiosa». Continúa: «En nuestra España, la nación y la religión son una y la misma cosa, una y la misma esencia, de tal suerte que dejar de ser católica equivaldría para España dejar de ser hispánica» (Idea de la hispanidad, Espasa-Calpe, Madrid, 1961).

De ahí que, para el español: servir a Dios es servir a España; servir a España es servir a Dios.

Así durante la guerra más larga de la historia, la Reconquista, se gesta el carácter español, con un nuevo estilo de ser y estar, el hispánico. Lo mismo reyes, que prelados, que nobles o soldados, todos los españoles que empuñaron la espada en la Reconquista, la remataban en forma de cruz. Eran verdaderos monjes-guerreros, sin mitades, plenos monjes y plenos guerreros. La religión se convierte en verdadera fortaleza en la que todos son soldados de Cristo-Rey. En suma se da una síntesis genial de lo espiritual y lo temporal, de lo eterno y lo terreno; y la mejor ejemplarización la tenemos en nuestro Santo Patrón.

FESTIVIDAD DE SAN FERNANDO 1987

Parémonos un momento en la vida personal de San Fernando; qué distinta es la manera de hacer de nuestro Dios, a la manera en que procedemos los hombres. Parafraseando a Menéndez Pelayo: por inescrutables designios, hizo florecer Dios, de un matrimonio nulo al único rey de España que se venera en los altares. Y con él oyó a su Patria atribulada.

Dios bendijo su primer matrimonio con Doña Beatriz de Suabia, con nueve hijos, en los que hubo de todo, bueno y malo. ¡Qué bello ejemplo nos da San Fernando del fin del matrimonio, no temió jamás a la vida, como hoy desgraciadamente muchos matrimonios cristianos la temen, a pesar de los llamados del pontificado: «Todo acto conyugal debe permanecer abierto a la transmisión de la vida» (Humanae Vitae, AAS 60, 1968), de Pablo VI, ... hasta el grito estremecedor de Juan Pablo II, en la Plaza de Lima, el 2 de noviembre de 1982: ¡Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente! ... Sin embargo los vientres de muchas madres hoy se convierten en campos de exterminio, de los que salen gritos silenciosos de las nuevas víctimas de la desesperanza.

Porque el aborto, como uno de los últimos eslabones de la civilización de la muerte, que fue reabierta en España, desde que se toleró el permisivismo moral generado, entre otras causas, por la pornografía en todos sus frentes, como nos lo denunciaba nuestro querido amigo Francisco José Fernández de la Cigofía, en su brillante discurso del Hotel Conde Duque, en 1970, conmemorando a nuestro Santo Rey, decía: «Hoy, cuando se llama sociedad a la más ignominiosa depravación, ... cuando los bachilleres experimentan los paraísos artificiales del LSD, ... cuando se recomienda a los padres que tienen hijos, cuyas preferencias se inclinan por individuos de su mismo sexo, buscar ellos mismos el amigo que satisfaga esas relaciones enfermizas o depravadas» (Verbo, núms. 85-86). Verdaderamente cuando Fernández de la Cigofía denunciaba las corrupciones que azotan a España, participaba del don profético de Cristo, según nos lo enseña el Gran Concilio de nuestro siglo, en su Constitución Dogmática sobre la Iglesia (Lumen Gentium, capítulo II-12). Con las drogas y el erotismo se han conjugado la violencia, que tantas víctimas inocentes se ha cobrado esta España partidocrática. Luego vino el divorcio, hoy el aborto, ... y la sociedad pareciera insensible; para no ir más lejos el domingo pasado aparecía en un diario madrileño esta noticia: «en la Iglesia de San Lorenzo en Pamplona, el agua bendita de la pila bautismal, fue utilizada por los toxicómanos para enjuagar sus jeringuillas antes de pincharse» (ABC, 24/V/87, página 37).

¡San Fernando, intercede por España!

Continuando con la vida de nuestro Patrón, diremos que nos dejó como herencia inmediata, además de las catedrales góticas, la Universidad de Salamanca, ..., etc., a su primogénito, Alfonso X, el sabio, creador como sabéis de la prosa castellana, impulsor del Derecho natural, de la Historia y de la devoción mariana con sus «Cantigas». Cabe aquí apuntar la importancia que daría San Fernando a la educación de sus hijos, y no olvidemos que se pasó la vida luchando por Dios y por la Patria.

Aquí podemos recordar la famosa frase de San Fernando: «Si mis obras fueron buenas, ellas serán mi mejor sepultura y estatua».

No quiero dejar pasar esta oportunidad que se me concede, para narrar un pasaje de la vida de este magnánimo guerrero, político y

FESTIVIDAD DE SAN FERNANDO 1987

Santo, que demuestra sus arrebatos místicos, que desgraciadamente hoy nada les dice a los politicastro:

«También Fernando III quiso lanzar un reto a la injusticia humana, a la ciega soberbia del hombre que miente con sus palabras una piedad que no abriga en su corazón; ..., para honrar un acto piadoso y solemne, el Rey hizo reunir a doce mendigos; los sentó a la mesa y les sirvió la comida; después, como hiciera Cristo con los apóstoles, se fue acercando a cada uno y con un cántaro de agua y un paño les lavó los pies..., miraban los pobres miserables al Rey con ojos extraviados. Un Rey en la Edad Media estaba muy lejos de sus vasallos... Ahora el Rey estaba allí limpiando sus carnes holladas por la miseria, besando las plantas de sus pies, ... El mendigo anciano, tierno el párpado y arrugada la piel; apretaba las manos temblorosas sobre su boca desdentada; el pobre tullido, pegada al paladar su lengua torpe, gruñía sordamente en el delirio de su extravío; el fornido hampón se horrorizaba pensando que estaba en pecado mortal cuando así le castigaba Dios, poniéndole en la vergüenza de ver cómo se sirve al que no quiere servir...; y como si aquel día hubiera satisfecho el Rey una deuda que agobiara su conciencia, sintióse más ligero y dispuesto a seguir el camino de su vida» (Vida de San Fernando III el Santo, Antonio Igual, Seix-Barral, Barcelona, 1946).

Digamos que: «Ante la figura de este personaje, como delante de las Catedrales, basta tener ojos en la cara, alzarlos y mirar». Quizá, alguno de vosotros podría decirme que hoy los hombres pareciera que no tienen los ojos a la altura de la cara, sino de los pies, como los reptantes, teniendo un horizonte reducido y desagradable; pues en verdad que así es; por ello, frente a los mitos revolucionarios presentados a la juventud como Sartre, Nietzsche, Marx, Lenin, Hitler, Castro, Che Guevara, o los contemporáneos que nos gobiernan, San Fernando sí tenía el horizonte a la altura de los ojos, poseía una exacta y clarísima idea de su misión, tanto en la batalla como en la tregua, en la lucha como en la diplomacia. Lo excepcional en él no es lo que hizo, sino el haber sabido por qué lo hacía. Este es el gran reto que lanza hoy San Fernando, fundamentalmente a la juventud: saber lo que quiere y por qué lo quiere.

Uno de sus hagiógrafos, el Padre Retana, nos dice: «Aparece en los albores del siglo XIII, adelantándose a su tiempo, con una espléndida luz divina, que Dios encendió en él, para que viera lo que no veían las gentes de su siglo, ..., y cuando la Iglesia inaugura el período del Derecho con los decretales, y los grandes Concilios, Inocencio III y sus sucesores, San Fernando se adelanta a implantarlos en sus Estados», es el «Atleta de la Iglesia».

Las relaciones de nuestro Santo Rey con el Papa, que deben servirnos de permanente ejemplo, nos lo deja manifiesto su escultórica frase refiriéndose a Gregorio IX; San Fernando afirmó su sincero deseo de servir al pontífice «que como todos saben es el Vicario de Jesucristo en la tierra y ocupa el lugar del verdadero Dios» (Historia de la Iglesia de Fliche-Martín, volumen X, Edicep, Valencia).

Fue así como San Fernando se anticipaba a los tiempos difíciles del pontificado, en su fidelidad a Pedro, que en tiempos de Bonifacio VIII, ante la grave rebelión del rey Felipe el Hermoso, de Francia, publicó la bula «Unam Sanctam» en la que explicaba la antigua imagen de las dos espadas, la espiritual y la temporal. La espada espiritual debe estar en manos de la Iglesia, y la temporal debe manejarse en

FESTIVIDAD DE SAN FERNANDO 1987

servicio de la Iglesia. La bula culmina con la frase: «Declaramos y definimos que a todo hombre es necesario para la salvación estar sometido subesse al Papa». Huelga decir que esta sentencia rectamente entendida, no hace sino formular la tradicional doctrina de siempre (reafirmada por San Fernando) y aún hoy firmemente mantenida por la Iglesia, a pesar del confucionismo reinante, de que el Papa es el representante de Cristo y, por lo consiguiente, todos los cristianos le debemos subordinación en lo atinente a fe y costumbres. Esta bula desquició al rey francés que, con su postura de rebeldía al Papa, inauguró la Edad Moderna; en lo social generó un nuevo espíritu que se va fortaleciendo con el desprestigio de los Papas en el Renacimiento. Y con Lutero queda oficialmente formulada y asegurada.

Finalmente quiero hablaros brevemente de la faceta más importante de nuestro Santo Rey, su espíritu Reconquistador, que se plasmó en dos grandes acontecimientos: la unión definitiva de León y Castilla y el colosal empujón dado a la Reconquista.

Para lograr lo anterior, lo primero que tuvo que hacer fue suprimir las guerras fratricidas entre los reyes cristianos, para lo que supo armonizar las diversas personalidades de los reyes y nobles contrarrevolucionarios de su tiempo, saber sumar, posponer diferencias ante el enemigo común. Pero fue más allá del simple organizador, que se conforma con sumar a los de casa; San Fernando, a través de su sabio consejero Jiménez de Rada, consiguió del Papado apoyo para proclamar cruzada a sus más trascendentales batallas, con lo que se sumaron hombres de toda Europa a su gran estrategia, la Reconquista.

Supo hacerse también aliados dentro del campo enemigo, se le confederó el rey moro de Murcia, logra el vasallaje del rey de Granada, que le acompañó a la toma de Sevilla.

Es fácil narrar los hechos históricos; sin embargo, poder reflexionar sobre ellos, gran reto. ¿Qué diríamos si hoy, siguiendo el ejemplo de San Fernando, se iniciara una gran contrarrevolución que vertebrase, primero, a todos los cristianos de dentro y fuera de España, luego fuese a las alianzas con los que de buena voluntad quisieran colaborar contra el enemigo común, pero estuviesen ayunos de la fe que nosotros poseemos?

También sobresalió en Nuestro Gran Capitán su táctica, sintetizada en la toma de Sevilla, al atacar no sólo por tierra, sino también por mar, cosa impensable para Castilla, que vivía de espaldas al mar.

Concluyo ya, analizando algunos retazos de lo que para San Fernando era el fin propuesto a sus empresas: Sevilla, su conquista, en la que se armoniza genialmente su sabiduría racional cristiana, conjuntada con la capacidad de organizador y aunada a la Santidad de vida.

Nos narra Alonso Núñez de Castro:

«Como Santo y modesto, desconfiaba el rey de tomar por sí resolución que no pasase por el registro de sus consejeros; así convocó una Junta de Estado y Guerra, haciendo la proposición tan neutral, para que ninguno se inclinase a sus propósitos. Los más fueron de parecer de no poner sitio a Sevilla; ya que muchas ciudades se habían tomado por el favor del cielo..., ahora esas victorias no se podían comparar con la de Sevilla...».

«En acabando sus razonamientos pusieron todos en el Rey los ojos, aguardando de su boca la resolución...»:

«He oído y pesado las razones que disuaden y persuaden la conquista de Sevilla...; las que disuaden son tan poderosas que, discurriendo so-

lamente en las máximas que enseña la milicia humana, convencen el entendimiento; después de eso, las que persuaden se han hecho más lugar en mi voluntad, porque fían más de la providencia de Dios que del poder de los hombres. Yo..., pongo a Dios por testigo de que nunca puse mis tropas en campaña, ni desnudé en ellas el acero, sin mirar antes la causa de Dios que a mi causa...».

«Volved los ojos al pasado..., y reconoceréis que las armas auxiliares del cielo, más que nuestro poder e industria, han perfeccionado las victorias...». «Sabed, que Dios nunca deja a los que no le dejan...». «Hojead las Escrituras Sagradas; leed con atención..., y hallaréis...; que el pueblo de Dios, sin más ejército que tenerle grato, ponía a sus pies a los Reyes enemigos...; pero nunca se retiraba Dios sin que ellos, faltando a la FE, fuesen la causa del retiro. Aún más próximos tenemos en nuestra España otros ejemplares en nuestros Reyes y mis ascendientes, que por notorios se harán presentes a nuestros ojos. En verdad no temo a los enemigos por muchos...; temamos a Dios, y seremos temidos de nuestros contrarios...».

«No cabe en el poder y en la majestad de un Dios empezar una obra y dejársela sin perfección».

«Os he de manifestar de en par en par mi corazón, en él hallaréis abrigadas mis más sólidas esperanzas..., tengo dentro de Sevilla quien la entregue por trato...; ¿en el corazón de ella no se conserva un templo dedicado a María Santísima...? Esta Señora, pues, nos la entregará por trato... Es ejército entero María Santísima».

«No me niego a los medios humanos, antes bien, he empezado a prevenirlos, porque fuera temeridad querer fiarlo todo a las operaciones divinas; pero quiero que entendáis que, aunque entremos a la parte en el afán, sólo a Dios e María Santísima se ha de cantar la gloria».

«Y sólo se oyó una voz en todos, que fue aplaudir la resolución del Rey».

El sitio a Sevilla comienza sus preparativos, el Almirante Bonifaz prepara el ataque por el Guadalquivir; el infante Don Alfonso deja el reino de Murcia, llegan refuerzos de Jaime I, mesnadas de Vizcaya, Galicia y los aliados de Granada.

El asedio dura 15 meses, es largo, fatigoso, el hacinamiento humano provoca enfermedades, el calor de verano insostenible; San Fernando viendo el panorama tan desolador, le dijo a Nuestra Señora, la Virgen de los Reyes, que siempre le acompañaba:

«Si es esta la ocasión, ¿qué aguarda vuestra Misericordia? Ya ha llegado, Señora, pues nos hallamos en el último aprieto..., si por secretas disposiciones de vuestro Hijo, es conveniente el que ellos triunfen..., siempre he de ser vuestro..., estimando como victoria el ser vencido... Perseveró el Rey algunas horas de la noche de estos afectos, y merció su perseverancia oír sensiblemente de boca de María Santísima estas palabras: En mi imagen de la Antigua, de quien tanto fía tu devoción, tienes continua intercesora; prosigue, que tú vencerás».

Al siguiente día, el Rey, gozoso, dio la orden final de embestir; al Almirante el viento le fue favorable, y los ejércitos de tierra tomaron las últimas posiciones, y así Sevilla, por Gracia divina, de los reinos del Andalucía se trocó en primera corona.

*Hoy que España en estado triste se ve,
por tu favor San Fernando en tu día, restaura
en ella la entereza de la FE!*